

gado era, é tambien porque no viese que él mandaba aderezar su gente é apercebir sus amigos. Así estovieron aquel día mas alegres con don Galaor, por que lo él estaba con las nuevas de su hermano. Gandalin dijo á la Reina lo que Amadís la suplicaba, y ella le dijo que todo se haría como él lo enviaba á decir: «Mas, Gandalin, amigo, dijo la Reina, mucho estoy turbada de estas nuevas, porque entiendo que mi hijo estará en gran cuidado, é despues en gran peligro de su persona.—Señora, dijo Gandalin, no temais; que él habrá tanta gente, que el rey Lisuarte ni el emperador de Roma no le oseen acometer.—Así plega á Dios,» dijo la Reina. Venida la noche, Norandel dijo á don Galaor: «Mi señor, yo acuerdo de me ir, porque veo que vuestra dolencia es larga, é para yo no aprovechar en ella, mejor será que en otras cosas entienda, porque, como vos sabeis, há poco que soy caballero, é no he ganado tanta honra como me sería menester para ser tenido entre los buenos por hombre de algun valor; é lo que supe de vuestro mal me estorbó de un camino en que estaba puesto cuando de casa de mi padre el Rey salí, é agora me conviene de ir á otra parte donde es menester mi ida, é Dios sabe el pesar que mi corazón siente en no poder andar en vuestra compañía. Mas, placiendo á Dios, en este comedio de tiempo en que yo cumpla lo que excusar no puedo, seréis mas mejorado, é yo terné cargo de me venir á vos, é irémos de consuno á buscar algunas aventuras.» Don Galaor, como esto oyó, sospiró con gran congoja, é díjole: «El dolor que yo, mi buen señor, siento en no poder ir con vos non lo sé decir; mas pues así place á Dios, no se puede al facer; é conviene que su voluntad se cumpla así como él quiere, é á Dios vais encomendado. E si caso fuere que vais al Rey vuestro padre é mi Señor, besalde las manos por mí, é decilde que quedo á su servicio, aunque mas muerto que vivo, como vos, Señor, védes.» Norandel se fué á su cámara, é muy triste por el mal de don Galaor, su leal amigo; é otro día de mañana oyó misa con el rey Perion, y despidióse de la Reina é de su hija, é de todas las dueñas é doncellas; é la Reina la encomendó á Dios, é su hija é todas las otras dueñas é doncellas le encomendaron á Dios, como aquellas que lo mucho amaban, é así entró luego en la mar. E aquí no cuenta cosa de que le acaeciese, sino que con muy buen tiempo llegó en la Gran Bretaña, é se fué donde el Rey su padre estaba, é fué así dél como de los otros todos muy bien rescebido, como buen caballero que él era.

CAPITULO XX.

Cómo Lasindo, escudero de don Bruneo de Bonamar, llegó con el mandado de su señor al marqués é á Branfil, é lo que con ellos fizo.

Lasindo, escudero de don Bruneo de Bonamar, llegó adonde el Marqués estaba, é como le dijo el mandado de su señor á él é á Branfil, Branfil se congojó tanto por no se hallar en lo pasado con aquellos caballeros, é no haber sido en la tomada de Oriana, que se quería matar; é hincó los hinojos delante de su padre, é muy afincadamente le pidió por merced que mandase poner en obra lo que su hermano enviaba demandar. El Marqués, como era buen caballero é sabia la gran amistad que sus

hijos tenían con Amadís é con todo su linaje, de que gran honra y estima les crecía, díjole: «Fijo, no te congojes; que yo lo haré complidamente, y te enviaré, si menester es, con tanta buena compañía, que la tuya no sea la peor.» Branfil le besó las manos por ello, é luego se dió orden cómo la flota se aderezase é la gente para ella, que este marqués era muy gran señor é muy rico, é habia en su señorío muy buenos caballeros, é de otra gente de guerra mucha é bien armada.

CAPITULO XXI.

De cómo Isanjo llegó con el mandado de Amadís al buen rey de Bohemia, y el gran recaudo que en él halló.

Isanjo, el caballero de la insola Firme, llegó al reino de Bohemia é dió la carta de Amadís é la creencia al rey Tafinor. No vos podrá hombre decir el placer que con él hobo cuando lo vió, é dijo: «Caballero, vos seais bien venido, é mucho agradezco á Dios este mensaje que me traeis, é por lo que se fará podréis ver con la voluntad que se recibe, é si vuestro camino es bien empleado.» E llamando á su fijo Grasandor, le dijo: «Fijo Grasandor, si yo soy obligado á tener conocimiento de las grandes ayudas é provechos que el caballero de la Verde Espada me fizo estando en el mi reino, tú lo sabes; que, demás de ser por él guardada é acrecentada la honra de mi real corona, él me quitó de la mas cruda é peligrosa guerra que nunca rey tovo, así por la tener con hombre tan poderoso como el emperador de Roma, como por él ser en sí mismo tan soberbio é fuera de toda razon, donde no se esperaba otro fin sino ser yo é tú perdidos é destruidos, é por ventura al cabo muertos; é aquel noble caballero que Dios por mi bien á mi casa trajo lo reparó todo á mi honra é de mi reino, como tú viste. E así, como testigo dello, te mando que veas esta carta que me envía, é lo que este caballero de su parte me ha dicho, é con toda diligencia te apareja para que aquel gran beneficio que de aquel caballero recibimos, de nosotros sea satisfecho; é sabe que este caballero se llama Amadís de Gaula, aquel de quien tales cosas, tan famosas, por todo el mundo se cuentan, é por no ser conocido se llamó el caballero de la Verde Espada.» Grasandor tomó la carta é oyó lo que Isanjo le dijo, é respondió á su padre, diciendo: «¡Oh Señor! qué descanso tan grande recibe mi corazón en que aquel noble caballero haya menester el favor é ayuda de vuestro real estado, y en ver el conocimiento é agradecimiento que de las cosas pasadas é por él fechas vos, Señor, teneis; solamente queda para satisfacion de mi voluntad que á la merced vuestra plega que, quedando el conde Galtines para llevar la gente, si menester fuere, á mí me dé licencia con veinte caballeros que luego me vaya á la insola Firme, porque aunque en esta quistion algun atajo se dé, gran honra será para mí estar en compañía de tal caballería como ayuntada allí está.» El Rey le dijo: «Fijo, yo tovierá por bien que esperaras á ver el fin desto, é llevaras aquel aparejo que á la honra mia é tuya convenia llevar; mas, pues así esto te place, hágase como lo pides, y escoge los caballeros que mas te placirá, é yo mandaré que luego sea aparejada una nao en que vayas, é á Dios plega de te dar tan buen viaje é tanto en honra de aquel noble

caballero, que con todo nuestro estado le paguemos la deuda que él con su persona sola nos dejó.» Esto se fizo luego, y este Grasandor, infante heredero deste rey Tafinor de Bohemia, tomó consigo los veinte caballeros que le mas contentaron, é se metió á la mar; é fué su vía el camino de la insola Firme.

CAPITULO XXII.

De cómo Landin, sobrino de don Cuadragante, llegó en Irlanda, é de lo que con la Reina recaudó.

Con el mandado de su señor llegó Landin, sobrino de don Cuadragante, en Irlanda, é secretamente habló con la Reina, é díjole el mandado de su señor; é como ella oyó tan gran revuelta é tan peligrosa, como quiera que sabia ser su padre el rey Abies de Irlanda, muerto por la mano de Amadís, como el primero desta historia lo cuenta, é siempre en su corazón aquel rigor y enemistad que en semejante caso se suele tener con él tuviese, consideró que mucho mejor era acorrer é poner remedio en los daños presentes que en los pasados que cuasi como olvidados estaban; é habló con algunos de quien se fiaba, é con ellos tovo tal manera, que sin que el Rey su marido lo supiese, don Cuadragante, su tío, fuese mucho ayudado, con intencion que, crecida la parte de Amadís, el rey Lisuarte seria destruido, é su marido el rey Cildadan con su reino salido de le ser sujeto é tributario. Pues así como os habemos contado, todas estas gentes quedaron apercebidas con aquella voluntad y deseo que se requiere tener á los vencedores. Mas agora deja la historia de hablar dellos por contar lo que los mensajeros del rey Lisuarte hicieron.

CAPITULO XXIII.

De cómo don Guilan el cuidador llegó en Roma con el mandado del rey Lisuarte, su señor, é de lo que fizo en su embajada con el emperador Patin.

Don Guilan el cuidador andovo tanto por sus jornadas, que á los veinte dias despues que de la Gran Bretaña partió, fué en Roma con el emperador Patin, el cual halló con muchas gentes é grandes aparejos para recibir á Oriana, que cada día esperaba, porque Salustanquidio, su primo, é Brondajel de Roca le habian escrito cómo ya lo tenían despachado, é que presto serian con él con todo recaudo, y estaba mucho maravillado cómo tardaban; é don Guilan entró así armado como venia, sino las manos é la cabeza, en el palacio, é fuése donde el Emperador estaba, é fíncó los hinojos é besóle las manos, é dióle la carta que le llevaba, y el Emperador le conoció muy bien, que muchas veces le viera en casa del rey Lisuarte al tiempo que él allí estovo, cuando se volvió muy mal ferido del golpe que Amadís le dió de noche en la floresta, como el libro segundo desta historia lo cuenta, é díjole: «Don Guilan, vos seais muy bien venido; entiendo que venis con Oriana, vuestra señora; decidme dónde queda, é mi gente que la trae.—Señor, dijo él, Oriana é vuestra gente quedan en tal parte, donde á vos ni á ellos convenia.—¿Cómo es eso?» dijo el Emperador. Elle dijo: «Señor, leed esta carta, é cuando os ploguiere, deciros he á lo que vengo; que mucho hay mas de lo que pensar po-

deis.» El Emperador leyó la carta, é vió que era de creencia, é como en todas las cosas fuese muy liviano é desconcertado, sin mas mirar á otro consejo, le dijo: «Agora me decid la creencia desta carta delante de todos estos que aquí están; que me no podría mas sufrir.» Don Guilan le dijo: «Señor, pues así vos place, así sea. El Rey Lisuarte, mi señor, os face saber cómo Salustanquidio é Brondajel de Roca, é otros muchos caballeros con ellos, llegaron en su reino, é de vuestra parte le demandaron á su hija Oriana para ser vuestra mujer; y él, conociendo vuestra virtud é grandeza, aunque esta princesa fuese su derecha heredera é la cosa del mundo que él é la Reina su mujer mas amasen, por os tomar por fijo é ganar vuestro amor, contra la voluntad de todos los reinos, gela dió con aquella compañía é atajos que á la grandeza de vuestro estado é muy convenia; y que entrados en la mar, fuera de los términos de su reino, salió Amadís de Gaula con otros muchos caballeros con otra flota, é desbaratados los vuestros, é muertos muchos con el príncipe Salustanquidio, é preso Brondajel de Roca y el arzobispo de Talancia y el duque de Ancona, é otros muchos con ellos, fué Oriana tomada, con todas sus dueñas é doncellas, é la reina Sardamira, é todos los presos é despojos fueron llevados á la insola Firme, donde la tienen, y que desde allí le han enviado mensajeros con algunos conciertos; pero que los no ha querido oír fasta que vos, Señor, á quien este fecho tanto toca, lo sepais, é vea cómo lo sentis; faciéndole saber que si así como á él le parece que deben ser castigados, si os parece á vos que sea tan breve, que el tiempo largo no haga la injuria mayor.» Cuando el Emperador esto oyó, fué muy espantado, é dijo con gran dolor de su corazón: «¡Oh cativo emperador de Roma! si tú esto no castigas, no te cumple sola una hora en este mundo vivir.» E tornó é dijo: «¿Es cierto que Oriana es tomada é mi primo muerto?—Ciertó sin ninguna duda, dijo don Guilan; que todo ha pasado como vos he dicho.—Pues agora, caballero, os volved, dijo el Emperador, é decid al Rey, vuestro señor, que esta injuria é la venganza della yo la tomo á mi cargo, y que él no entienda en otra cosa sino en mirar lo que yo faré; que si deudo con él yo quiero, no es para darle trabajo ni cuidado, sino para le vengar de quien enojo le ficiera.—Señor, dijo don Guilan, vos respondeis como gran señor que sois é caballero de gran esfuerzo; pero entiendo que lo habeis con tales hombres que bien será menester lo de allá con lo de acá. Y el Rey, mi señor, fasta agora está bien satisfecho de todos los que enojo le han fecho, é así lo estará de aquí adelante. Y pues tan buen recaudo en vos, Señor, fallo, yo me partiré, é mandad poner en obra lo que cumple, é muy presto, con tal aparejo como es menester para tomar venganza sin que el contrario se resciba.»

Con esto se despidió don Guilan del Emperador, é no muy contento; que como este fuese un muy noble caballero é muy cuerdo y esforzado, é viese con tan poca autoridad é liviandad fablar aquel emperador, gran pesar en su corazón llevaba de ver al Rey su señor en compañía de hombre tan desconcertado, donde no le podia venir, si por muy gran dicha no fuese, sino toda

mengua é deshonra; é así se volvió por su camino, llorando muchas veces la gran pérdida que el Rey su señor por su culpa había fecho en perder á Amadís é á todo su linaje, é á otros muchos que tanto valian, é por su causa estaban en su servicio, é agora le eran tan grandes enemigos. Pues con mucho trabajo llegó á la Gran Bretaña, é fué bien recebido del Rey é de todos los de la corte. E luego fabló con el Rey é le dijo todo lo que en el Emperador fallado había, é cómo se aparejaba para venir con gran priesa, é con esto le dijo: «Quiera Dios, Señor, que del deudo deste hombre vos venga honra; que si Dios me ayude, muy poco contento vengo de su autoridad, é no puedo creer que gente que tal caudillo trayá haga cosa que buena sea.» El Rey le dijo: «Don Guilan, mucho soy alegre de veros venido bueno é con salud, é teniendo yo á vos é á otros tales que me han de servir, solamente habrémos menester la gente del Emperador, que aunque él no la rija ni la guie, vosotros bastais para gobernar á él é á mí; é pues él así lo toma, menester es que acá nos falle con tal recaudo, que veyéndolo no tenga en tanto su poder como lo agora tiene.» Así estuvo el Rey aderezando todas las cosas que convenian con mucha diligencia; que bien sabia que sus contrarios no dejaban de llamar cuantas gentes podian haber; que él sopo cómo el emperador de Constantinopla y el rey de Bohemia y el rey Perion é otros muchos llamaban sus gentes para las enviar á la insola Firme; é por dicho se tenia, segun la bondad de Amadís é de todos aquellos caballeros que con él estaban, que viéndose con aquellos tan grandes poderes, no se podrian sofrir de lo no buscar dentro en su reind; é por esta causa nunca cesaba de buscar ayudas de todas partes, pues veia que le serian menester; y tambien sopo cómo el rey Arábigo, é Barsinan, señor de Sansueña, é otros muchos con ellos, aderezaban gran armada, é no podía pensar adónde acudirian. Estando en esto, llegó Bramdoibas, é dijole cómo el rey Cildadan se aparejaba para cumplir su mandado, y que don Galvanes le suplicaba que le no mandase ser contra Amadís é Agrájes, su sobrino; y que si desto contento no fuese, que él le dejaria libre y desembargada la insola de Mongaza, como había quedado al tiempo que dél la recibió, que mientras él la toviese fuese su vasallo, y cuando no lo quisiese ser, que dejándole la insola, quedase libre.

El Rey, como era muy cuerdo, aunque su necesidad fuese grande, bien vió que don Galvanes tenia razon, y enviéle á decir que quedase; que aunque en aquella jornada no le sirviese, ende venia tiempo en que se podiese enmendar; pues dende á pocos dias llegó Filispinel del rey Gasquilan de Suesa, é dijo al Rey cómo le había recebido muy bien, y que con gran voluntad le venia ayudar, é combatirse con Amadís, por cumplir lo que tanto deseaba. Sabido por el Rey el gran aparejo que tenia, acordó de no dilatar, é mandó llamar á su sobrino Giontes é dijole: «Sobrino, es menester que luego vayais lo mas presto que ser podiere al Patin, emperador de Roma, y le digais que yo estoy contento de lo que de su parte don Guilan me dijo, y que yo me voy á la mi villa de Vindilisorá, porque es cerca del puerto donde él ha de desembarcar, y que allí

llegaré todas mis compañías y estaré en el campo en real esperando su venida; que le ruego yo mucho que sea lo mas presto que él podiere; porque, segun su gran poder y el mio, si luego en el comienzo á nuestros contrarios sobramos de gentes, muchas ayudas les faltarán de las que vernian poniendo dilacion. Y vos, sobrino, no vos partais dél hasta venir en su compañía; que vuestra ida le porná mayor gana é cuidado para su venida.» Giontes le dijo: «Señor, por mí no quedará de ser cumplido lo que mandais.» El Rey se partió luego para Vindilisorá, é mandó llamar todas sus gentes, é Giontes se metió á la mar en una fusta guarnida é aderezada de lo que para semejante viaje convenia, así de marineros como de viandas, para ir á Roma.

CAPITULO XXIV.

Cómo Grasandor, hijo del rey de Bohemia, se encontró con Giontes, é lo que le avino con él.

Dicho os habemos cómo Grasandor se partió de casa de su padre el rey de Bohemia en una fusta con veinte caballeros para se ir á la insola Firme. Pues navegando por la mar la ventura que le guió, topóse una noche con Giontes, sobrino del rey Lisuarte, que con su mandado iba á Roma al Emperador, como ya oistes, é viéndose cerca los unos de los otros, Grasandor mandó á sus marineros que enderezasen contra aquella nao para la tomar; é Giontes, como no llevaba otra compañía sino la que necesitaria era para el gobernar de la fusta, é algunos otros servidores, é iba en cosa que tanto cumplia al Rey su señor, no pensó en al sino en se quitar de toda afrenta é cumplir su viaje, segun le era mandado; mas tanto no se pudo arredrar que tomado no fuese, é traído ante Grasandor así armado como estaba, y preguntóle quién era, y él le dijo que era un caballero del rey Lisuarte que iba con su mandado al emperador de Roma, y que si él por cortesía le mandase soltar, é podiese cumplir su camino, que mucho gelo gradesceria, pues que causa ni razon ninguna había para lo detener. Grasandor le dijo: «Caballero, como quiera que yo espere de ser muy presto contra ese rey que decis, en ayuda de Amadís de Gaula, é por esto no sea obligado á tratar bien á ninguno de los suyos, quiero usar con vos de toda mesura y dejaros ir, á tal partido, que me digais vuestro nombre y el mandado que al Emperador llevais.» Giontes le dijo: «Si por no decirnos mi nombre é á lo que voy ganase mas honra, y el Rey mi señor fuese mas servido, excusado seria preguntármelo, pues que seria en vano; pero, porque mi embajada es pública, y en decirlo, como quien yo soy, cumplo mas lo que debo, faré lo que me pedis. Sabed que á mí llaman Giontes, é soy sobrino del rey Lisuarte, é el mensaje que llevo es traer al Emperador con todo su poder lo mas presto que pueda para que se junte con el Rey mi tío, é vayan contra aquellos que á la princesa Oriana tomaron en la mar, como entiendo que habréis sabido, porque cosa tan grande no se puede excusar de ser pública en muchas partes. Agora vos he dicho lo que saber quereis; dejadme ir, si vos ploguiere, mi camino.» Grasandor le dijo: «Vos lo habeis dicho como caballero; yo vos suelto, que vos vayades do qui-

siédes, y venid presto con ese que decis; que prestos hallaréis los que buscáis.»

Así se fué Giontes su camino, é Grasandor mandó á uno de aquellos caballeros que con él iban, que en una barca que allí llevaban se tornase á su padre é le dijese aquellas nuevas; é pues el fecho estaba en tal estado, que le pedia por merced se avisase cuando el Emperador ó su gente moviese para ir al rey Lisuarte, é que sin otro llamamiento que le fuese fecho, enviase toda su gente á la insola Firme con el conde Galtines, porque lo suyo seyendo lo primero, en mucho mas seria tenido. E así se hizo; que este rey de Bohemia, sabido por él esta nueva, luego mandó partir su flota con mucha gente é bien armada, como aquel que con mucha aficion é amor estaba de acrecentar la honra é provecho de Amadís. Grasandor tiró por su mar adelante, é sin ningun entrelado llegó al puerto de la insola Firme; é como algunos de los de la insola los vieron, dijéronlo á Amadís, é él mandó que fuesen á saber quién venia en la nave, é así se hizo. E cuando le dijeron que era Grasandor, hijo del rey de Bohemia, hobo muy gran placer, é cabalgó é fuése á la posada de don Cuadrante, é tomaron consigo á Agrájes, é fuéronlo á recibir. E cuando llegaron al puerto ya era salido de la mar Grasandor é sus caballeros, é estaban todos á caballo; é cuando él vió venir Amadís contra sí, adelantóse de los suyos é fuélo abrazar, é Amadís á él, é dijole: «Mi señor Grasandor, vos seais muy bien venido, é mucho placer he con vuestra vista.—Mi buen señor, dijo él, á Dios plega, por la su merced, que siempre conmigo placer hayais, é que sea tan crescido como lo yo trayo en saber que el Rey mi padre é yo os podemos pagar algo de aquella gran deuda en que nos dejastes, é bien será que sepais unas nuevas que en el camino por do vengo hallé, é con tiempo pongais el remedio que cumple.» Entonces les contó todo lo que de Giontes supo, así como ya oistes que lo aprendió, é cómo desde allí envió á su padre para que en sabiendo que la gente del Emperador movia, que él, sin otro llamamiento, enviase luego toda su gente, en lo cual no posesie duda alguna, sino que venia antes que la de los contrarios, y que de allí perdiere cuidado del llamamiento. Don Cuadrante dijo: «Si todos nuestros amigos con tal voluntad nos ayudan como este señor, no temeremos mucho esta afrenta.» Así se fueron al castillo, é Amadís llevó á su posada á Grasandor, é hizo aposentar los suyos, é mandóles dar todo lo que hobiesen menester, y envió á todos aquellos señores que viniesen á ver aquel príncipe tan honrado que les era venido, é así lo hicieron; que luego vinieron todos á la posada de Amadís, así vestidos de paños de guerra muy preciados, como siempre en los logares que algun reposó tenían lo habían acostumbrado; é cuando Grasandor los vió, é vió tantos caballeros, é de quien su fama por todas las partes del mundo tan sonada era, mucho fué maravillado, é por muy honrado se tovo en se ver en compañía de tales hombres. Todos llegaron con mucha cortesía á lo abrazar, y él á ellos, y le mostraron mucho amor. Amadís les dijo: «Buenos señores, bien será que sepais lo que este caballero nos dijo de lo que del rey Lisuarte supo.» Entonces gelo contó todo, como ya lo oistes; é todos

L.C.

dijeron que seria bien que fuesen enviados otros mensajeros á llamar la gente que apercebida estaba. E así se hizo. E porque muy larga y enojosa seria esta escritura si por extenso se dijese las cosas que en estos viajes pasaron, solamente vos contarémos que, llegados estos mensajeros adonde iban, las gentes por sus señores fueron llamadas; é metidos en sus naves, caminaron todos á la insola Firme, cada uno con los que aquí se dirán.

El buen rey Perion trajo, de los suyos é de sus amigos, tres mill caballeros; el rey Tafinor de Bohemia envió con el conde Galtines mill é quinientos caballeros; Tantiles, mayordomo de la reina Briclanja, trajo mill é docientos caballeros; Branfil, hermano de don Bruneo, trajo seiscientos caballeros; Landin, sobrino de don Cuadrante, trajo de Irlanda seiscientos caballeros; el rey Ladasan de España envió á su hijo don Brian de Monjaste dos mill caballeros; don Gandáles trajo del rey Languines de Escocia, padre de Agrájes, mill é quinientos caballeros; la gente del emperador de Constantinopla que trajo Gastiles, su sobrino, fueron ocho mill caballeros.

Todas estas gentes que la historia cuenta, llegaron á la insola Firme; é el primero que allí vino fué el rey Perion de Gaula, por la priesa que se dió, é porque su tierra estaba mas cerca que ninguna de las otras; é si él fué bien recebido de sus hijos é de todos aquellos señores, no es necesario decirlo, é asimesmo el gran placer qu'él con ellos hobo. E por él fué acordado que toda la gente de la insola Firme saliesen con sus tiendas é aparejos á una vega que debajo de la cuesta del castillo estaba, muy llana é muy hermosa, cercada de muchas arboledas y en que había muchas fuentes; é así se fizo, que desde allí adelante todos estaban en real en el campo, é así como la gente venia, así luego era allí aposentada. Y desque todos fueron juntos, ¿quién vos podria decir qué caballeros é armas allí eran? Por cierto podeis creer que en memoria de hombres no era que gente tan escogida y tanta como aquella fuese en ninguna sazón junta en ayuda de ningun príncipe, como esta lo fué. Oriana, á quien mucho pesaba desta discordia, no hacia sino llorar é maldecir su ventura; pues que la había traído á tal estado, que tan gran perdicion de gentes, si Dios no lo remediase, á su causa fué venida; pero aquellas señoras que con ella estaban con mucha piedad é amor le daban consuelo, diciendo que ni ella ni los que en su servicio estaban eran en cargo de nada desto ante Dios ni ante el mundo; é aunque no quiso, la hicieron subir á lo mas alto de la torre, de donde toda la vega é gente se parecia. E cuando ella vió todo aquel campo cubierto de gentes, é tantas armas relucir, é tantas tiendas, no pensó sino que todo el mundo era allí ayuntado; é cuando todas estaban mirando, que en al no entendian, Mabilia se llegó á Oriana é le dijo muy paso: «¿Qué os parece, Señora? ¿Hay en el mundo quien tal servidor ni amigo como vos teneis tenga?» Oriana dijo: «Ay, mi señora y verdadera amiga! ¿Qué haré? que mi corazon no puede sofrir en ninguna manera lo que veo, que desto no me puede redundar sino mucha desventura; que de un cabo está este que decis, que es la lumbré de mis ojos y el

20

consuelo de mi triste corazón, sin el cual sería imposible poder yo vivir; y de la otra está mi padre, que aunque muy cruel le he hallado, no le puedo negar aquel verdadero amor que como hija le debo. Pues cuitada de mí, ¿qué haré? que cualquier destos que se pierda siempre será la más triste y desventurada, todos los días de mi vida, que nunca mujer lo fué.» E comenzó á llorar, apretando las manos una con otra. Mabilia la tomó por ellas é dijole: «Señora, por Dios os pido que dejéis estas congojas é tengáis esperanza en Dios, el cual muchas veces por mostrar su gran poder trae las cosas semejantes de gran espanto con muy poca esperanza de se poder remediar; y después con pensado consejo les pone el fin contrario de lo que los hombres piensan; é así, Señora, puede acaescer en esto, si á él le ploguiere. E puesto caso que la rotura por él permitida esté, habeis de mirar que una fuerza tan grande como es la que vos hacen; que sin otra mayor no se podía remediar. Pues dad gracias á Dios que es á cargo vuestro, como estos señores vos han dicho.» Oriana, como muy cuerda era, bien entendió que decía verdad, é algun tanto fué consolada. Pues así estovieron gran pieza mirando, é después acogiéronse á sus aposentamientos.

El rey Perion, desde que vió toda la gente aposentada, tomó consigo á Grasandor, hijo del rey de Bohemia, é Agrájes, é dijo que quería ver á Oriana; é así se fué con ellos al castillo, é mandó á Amadís é á don Florestan que quedasen con la gente. Oriana, cuando supo la venida del Rey, mucho le plogó, porque, después que él por su ruego hizo caballero á Amadís de Gaula, llamándose el Doncel del Mar, estando en casa del rey Languines de Escocia, padre de Agrájes, así como el primero libro desta historia lo cuenta, nunca lo había visto, é juntó consigo todas aquellas señoras para lo recibir. Pues el Rey é aquellos caballeros, llegados á su aposentamiento, entraron donde Oriana estaba, é el Rey la saludó con mucha cortesía, y ella á él muy humildemente, é después á la reina Briolanja é á la reina Sardamira, é á todas las otras infantas é señoras; é Mabilia vino á él é fincó los hinojos, é quisole besar las manos, mas él las tiró á sí, é abrazóla con mucho amor, é dijole: «Mi buena sobrina, muchas encomiendas os trayo de la Reina vuestra tía é de vuestra prima Melicia, como aquella á quien mucho aman y precian, é Gandalin vos traerá su mandado, que quedó para venir con Melicia, que será agora aquí con vos, é hará compañía á esta señora, que tan bien lo merece.» Mabilia le dijo: «Dios gelo agradezca por mí lo que, Señor, me decis, é yo gelo serviré en lo que á mi mano venga; é mucho soy leda de la venida de mi prima, é así lo hará esta princesa, que há gran tiempo que la desea ver por las buenas nuevas que della se dicen.» El Rey se tornó á Oriana é dijole: «Mi buena señora, la razón que me ha dado causa de sentir y me pesa mucho de vuestra fatiga, aquella mesma con mucho deseo me obliga de procurar el remedio della; é por esto soy aquí venido, donde á nuestro Señor plega me dé lugar que las cosas de vuestro servicio é honra sean acrecentadas, como yo deseo, é vos, mi buena señora, deseais; é mucho maravillado soy del Rey vuestro padre, seyendo tan cuerdo

é tan cumplido en todas las buenas maneras que rey debe tener, que en este caso, que tanto á su honra é fama toca, tan cruda é córtamente se haya habido; é ya que lo primero tanto errado fuese, debíralo emendar en lo segundo; que me dicen estos caballeros que con mucha cortesía le han requerido, é que no los quiso oír; é si alguna excusa para su desculpa tiene, no es al, salvo que los grandes yerros tienen esta dolencia, que no saben volver las espaldas para se tornar al buen conocimiento; antes estando rigurosos en su porfía, piensan con otros yerros é insultos mayores dar remedio á los primeros. Pues el provecho é honra que desto se le apareja, Dios, que es el verdadero sabidor é juez de la gran injusticia que os hace, lo sabe; que en esta cosa tan señalada muy señaladamente mostrará su poder; é vos, mi señora, en él tened mucha esperanza; que él os ayudará é tornará en aquella grandeza que vuestra justicia é gran virtud merece.»

Oriana, como muy entendida era, é todas las cosas mejor que otra mujer conociese, miraba mucho al Rey, é parecía tan bien así en su persona como en su habla, que nunca vió otro que así le pareciese, é bien conoció que aquel merecía ser padre de tales hijos, y que con mucha razón era loado é corria su fama por todas las partes del mundo por uno de los mejores caballeros que en él había; é fué tan consolada en lo ver, que si el amor que á su padre había tan grande no fuera, que en muy grandes congojas é cuidados la tenía puesta, no toviera en nada que todo el mundo fuera contra ella, teniendo de su parte tal caudillo con la gente que él gobernar esperaba, é dijole: «Mi señor, ¿qué gracias os puede dar desto que me habeis dicho una pobre cativa desheredada doncella como lo yo soy? Por cierto no otras ningunas sino las que os han dado todas aquellas á quien con mucho peligro fasta aquí socorrido habeis, que son servir á Dios en ello é ganar aquella gran fama é prez que entre las gentes habeis ganado. Una cosa demandó que por mí se faga, demás de tan grandes beneficios que de vos, mi buen señor, recibo; que es, que en todo lo que la concordia se podiere poner, se ponga con el Rey mi padre, porque no solamente nuestro Señor será servido en se excusar muertes de tantas gentes, mas yo me ternia por la mas bienaventurada mujer del mundo si acabar se pudiese.» El Rey le dijo: «Las cosas son llegadas en tal estado, que muy dificultoso sería poderse hallar la igualdad de las partes; pero muchas veces acaesce que en el extremo de las roturas se falla la concordia, que con mucho trabajo hasta allí fallar no se pudo, é así en esto puede acaescer; é si tal se hallase, podeis vos, mi buena señora, ser cierta que, así por el servicio de Dios como por el vuestro, con toda afición será por mi voluntad otorgado, como aquel que desea mucho servir.» Oriana gelo agradeció con mucha humildad, como aquella en quien toda virtud reinaba mas que en otra mujer.

En este comedio que el rey Perion con Oriana hablaba, Agrájes é Grasandor hablaban con la reina Briolanja, é con la reina Sardamira, é Olinda é las otras señoras. E cuando Grasandor vió á Oriana é aquellas señoras tan extremadas en hermosura é gentileza de

todas cuantas él había visto ni oído, estaba tan espantado, que no sabía qué decir, é no podía creer sino que Dios por su mano la había hecho. E como quiera que á la fermosura de Oriana é la reina Briolanja é Olinda ninguna se podía igualar, si no fuese Melicia, que por venir estaba, tan bien le pareció el buen donaire é gracia y gentileza de la infanta Mabilia, é su gran honestidad, que desde aquella hora adelante nunca su corazón fué otorgado de servir ni amar á ninguna mujer como aquella; é así fué preso su corazón, que mientras mas la miraba mas afición le ponía, como en semejantes tiempos é autos suele acaescer.

Pues estando así casi como turbado, como caballero mancebo, que nunca del reino de su padre había salido, preguntó á Agrájes que por cortesía le quisiese decir los nombres de aquellas señoras que allí con Oriana estaban; Agrájes le dijo quién eran todas y la grandeza de sus estados; é como aun Mabilia estoviese con el rey Perion é con Oriana, tambien le preguntó por ella, é Agrájes le dijo cómo era su hermana, y que creyese que en el mundo no había mujer de mejor dote ni mas amada de cuantos la conocían. Grasandor calló, que no dijo nada, é bien juzgó por su corazón que Agrájes decía verdad; é así era, que todos cuantos á esta infanta Mabilia conocían la amaban por la gran humildad é gracia que en ella había. Así estando con mucho placer, por gelo dar á Oriana, que alegrar non se podía, la reina Briolanja dijo á Agrájes: «Mi buen señor é gran amigo, yo he menester de hablar con don Cuadrante é Brian de Monjaste delante vos sobre un caso, é ruégoos mucho que los fagais venir ante que os vayais.» Agrájes le dijo: «Señora, eso luego se hará.» E mandó á uno suyo que los llamase, los cuales vinieron, é la Reina los apartó con Agrájes é les dijo: «Mis señores, ya sabeis el peligro en que me vi, donde, después de Dios, la bondad de vosotros me libró, é cómo metistes en mi poder aquel mi primo Trion, el cual yo tengo preso; y pensando mucho qué haré dél, de un cabo veo ser este hijo de Abiseos, mi tío, que á mi padre á tan gran tuerto é traición mató, y que la simiente de tan mal hombre debria perecer, porque sembrada por otras partes, no pudiesen nacer della semejantes traiciones; y de otro constriéndome el gran deudo que con él tengo, y que muchas veces acaesce ser los hijos muy diversos de los padres; y que el acometimiento que este hizo, fué, como mancebo, por algunos malos consejeros, como lo he sabido, no me sé determinar en lo que haga, é por esto os hice llamar, para que, como personas que en esto y en todo vuestra gran discreción alcanza lo que hacer se debe, me digais vuestro parecer.» Don Brian de Monjaste le dijo: «Mi buena señora, vuestro buen seso ha llegado tanto al cabo lo que en este caso decir se podría, que no queda qué aconsejar, salvo traeros á la memoria que una de las causas por donde los príncipes é grandes son loados, é sus estados y personas seguras, es la clemencia, porque con esta siguen la doctrina de aquel cuyos ministros son, al cual haciendo las personas lo que deben, se debe referir todo lo restante; y sería bien que porque mas vuestra duda se aclarase en determinar el un camino de los que, Señora, habeis dicho, lo mandá-

sedes aquí venir, é hablando con él, por la mayor parte se podría juzgar algo de lo que ver ni adivinar por el cabo en ausencia suya se podría.» Todos lo tovieron por bien, é así se fizo; que la Reina rogó al rey Perion que se detuviese alguna pieza hasta que con aquellos caballeros tomase conclusion de un caso en que mucho le iba.

Venido Trion, pareció ante la Reina con mucha humildad, é con tal presencia, que bien daba á entender el gran linaje donde venia. La Reina le dijo: «Trion, si yo tengo causa de vos perdonar ó mandar poner en ejecución la venganza del yerro que me hecistes, vos lo sabeis, pues tambien os es notorio que vuestro padre al mio fizo; pero, como quiera que las cosas hayan pasado, conociendo que el mayor deudo que en este mundo yo tengo sois vos; soy movida, no solamente á haber piedad de vuestra juventud, habiendo en vos el conocimiento que de razón haber debeis, mas á os tener en aquel grado é honra que si de enemigo que me habeis seido, me fuédeses amigo y servidor. Pues yo quiero que delante destos caballeros me digais vuestra voluntad, y sea tan enteramente, que buena ó al contrario parezca, sin tener en vuestra boca sino aquella verdad que hombre de tan alto lugar decir debe.» Trion, que otra peor nueva esperaba, dijo: «Señora, en lo que á mi padre toca no sé responder, porque la tierna edad en que yo quedé me excusa; en lo mio cierto es que, así por mi querer y voluntad, como por la de otros muchos que me aconsejaron, yo quisiera ponerme en tal estrecho, é á mí en tanta libertad, que pudiera alcanzar el estado que la grandeza de mi linaje demanda; pero, pues que la fortuna así en lo primero de mi padre é mis hermanos como en esto segundo me ha querido ser tan contraria, no queda para mí reparo, salvo conociendo ser vos la derecha heredera de aquel reino que de nuestros abuelos quedó; é la gran piedad y merced que me haceis alcance con muchos servicios é por vuestra voluntad lo que por fuerza mi corazón alcanzar deseaba.—Pues si vos, Trion, dijo la Reina, así lo haceis, é me sois leal vasallo, yo os seré, no solamente prima, mas hermana verdadera, y de mí alcanzaréis aquellas mercedes con que vuestra honra sea satisfecha é vuestro estado contento.» Entonces Trion fincó los hinojos y besóle las manos; é de allí adelante este Trion le fué á esta reina tan leal en todas las cosas, que así como ella mesma todo el reino mandaba.

Donde los grandes deben tomar ejemplo para ser inclinados á perdon é piedad en muchos casos que se requiere tener con todos, é muy mejor con sus deudos, gradesciendo á Dios que, seyendo de una sangre, de un abolorio, los hizo señores dellos, é á ellos de sus vasallos, é aunque algunas veces yerren, sufrir el enojo, considerando el gran señorío que sobre ellos tienen. La Reina le dijo: «Pues apartando de mí todo enojo, y dejándovos en vuestro libre poder, quiero que tomando cargo de gobernar é mandar esta mi gente, fagais aquello que la voluntad de Amadís fuere.» Mucho loaron aquellos caballeros lo que esta muy hermosa é apuesta reina fizo. E de allí adelante este caballero por ellos fué muy allegado é honrado, como adelante mas largamente se dirá, é por todos los otros que su bondad é

gran esfuerzo conocieron. El rey Perion se despidió de Oriana é de aquellas señoras, é con aquellos caballeros se tornó al real. E la reina Briolanja encargó mucho á Agrájes que hiciese conocer á Trion, su primo, con Amadís, y le dijese todo lo que con él había pasado, é así se hizo; que todo gelo contó por extenso. Pues llegado el rey Perion al real, falló que entonces llegaba allí Balais de Carsante con veinte caballeros de su linaje, muy buenos é muy bien armados é aparejados para servir é ayudar á Amadís. E quiero que sepais que este caballero fué uno de los caballeros que Amadís sacó de la cruel prision de Arcalaus el encantador, con otros muchos, y el que cortó la cabeza á la doncella que juntó á Amadís é á su hermano don Galaor para que se matasen. E por cierto, si por esté no fuera, al uno de ellos convenia morir, ó entrambos, así como el primero libro desta historia lo cuenta. Este Balais dijo al Rey é á aquellos caballeros cómo el rey Lisuarte estaba en el real cerca de Vindiliora, y que, segun le habian dicho, que podria tener hasta seis mil de caballo é otras gentes de pié; y que el emperador de Roma era llegado al puerto con gran flota, é toda la gente salia de la mar, é asentaban su real cerca del rey Lisuarte; y que asimismo era venido Gasquilan, rey de Suesa, y que traia ochocientos caballeros de buena gente; y el rey Cildadan era ya allá pasado con docientos caballeros, y que creia que en esos quince dias no moverian de allí, porque la gente venia muy fatigada de la mar. Esto pudo muy bien saber este Balais de Carsante, porque un castillo muy bueno que él tenia era en el señorío del rey Lisuarte, y estaba en tal comarca donde sin mucho trabajo podria saber las nuevas de la gente.

Así pasaron aquel dia folgando por aquellos campos, aderezando todos sus armas é caballos para la batalla, aunque las armas todas eran hechas de nuevo, tan ricas é tan lucientes como adelante se dirá. Otro dia de gran mañana llegó al puerto el maestro Elisabat con la gente de Grasinda, en que venian quinientos caballeros é archeros. E cuando Amadís lo supo tomó á Angriote é á don Bruneo é fué á lo recibir con aquella voluntad é amor que la razon le obligaba; é hicieron salir toda la gente de la mar, é aposentáronla en el real con la otra; é Libeo, sobrino del maestro, con ella, como su capitán. Y ellos tomaron al maestro entre sí, é con mucho placer lo llevaron al rey Perion, é Amadís le dijo quién era, é lo que por él había hecho, como la tercera parte desta historia lo cuenta en la muerte del Endriago; é cómo no les podiera venir á tal tiempo persona que tanto les aprovechase. El Rey lo recibió bien é de buen talante, é díjole: «Mi buen amigo, quede para despues de la batalla, si vivos fuéremos, la disputa á quién debe agradecer mas Amadís, mi hijo: á mí, que, despues de Dios, de nada lo fice, ó á vos, que de muerto lo tornastes vivo.» El Maestro le besó las manos, é con mucho placer le dijo: «Señor, sea así como lo mandais; que fasta que mas se vea no quiero daros la ventaja de á quién es mas obligado.» Todos hobieron placer de lo que el Rey dijo é de la respuesta del maestro Elisabat; é luego dijo al Rey: «Mi señor, yo os traigo dos nuevas que os cumple saber; é son, que el emperador de Roma es ya partido con su flota, en la cual, segun fui certifica-

do de personas que allá envié, lleva diez mill de caballo; é asimismo me llegó mandado de Gastiles, sobrino del emperador de Constantinopla, cómo ya era dentro en la mar con ocho mill de caballo, que su tio envia en ayuda de Amadís, y que á su creer, este tercero dia será en el puerto.» Todos cuantos lo oyeron fueron mucho alegres é muy esforzados con tales nuevas, especial la gente de mas baja condicion. Pues así como ois estaba el rey Perion con toda aquella compañía, atendiendo la gente que venia é aderezando las cosas necesarias á la batalla.

CAPITULO XXV.

Cómo el emperador de Roma llegó en la Gran Bretaña con su flota, é de lo que él y el rey Lisuarte hicieron.

Dice la historia que Giontes, sobrino del rey Lisuarte, despues que de Grasendor se partió, como habeis oido, él se fué derechamente á Roma, é así con su prisa como con la que el Emperador se daba, muy prestamente fué armada gran flota, é guarnecida de aquellos diez mill caballeros que vos ya contamos. E luego el Emperador se metió á la mar, é sin ningun embargo que en el camino hobiese llegó en la Gran Bretaña á aquel puerto de la comarca de Vindiliora, donde sabia que el rey Lisuarte estaba; é como él lo supo, cabalgó con muchos hombres buenos é con aquellos dos reyes, el rey Cildadan é Gasquilan, é fué á rescebir; é cuando llegó ya toda la mas de la gente era de la mar salida, y el Emperador con ella, é como se vieron fuéronse á abrazar, é recibieron con mucho placer. El Emperador le dijo: «Si alguna mengua ó enojo vos, Rey, habeis por mi causa recibido, yo estoy aquí, que con doblada victoria vuestra honra será satisfecha; é así como yo solo fui la causa dello, así querria que solo con los míos se me diese lugar para tomar la venganza, porque á todos fuese enjemplo é castigo que á tan alto hombre como yo soy ninguno se atreviese á enojar.» El Rey le dijo: «Mi buen amigo é señor, vos é vuestra gente venis maltrechos de la mar, segun el largo camino; matadlos salir é aposentar, y refrescarán del trabajo pasado, y entre tanto habrémos aviso de nuestros enemigos; é sabido, podréis tomar el lugar é consejo que os mas placera.» El Emperador quisiera que luego fuera la partida; mas el Rey, que mejor que él sabia lo que necesario era, é con quién habia la cuestion, detúvola fasta el tiempo conveniente; que bien via que en aquella batalla estaba todo su hecho. Así estovieron en aquel real bien ocho dias, llegando la gente que de cada dia venia al Rey. Pues así acaesció, que andando un dia el Emperador é los reyes, é otros muchos caballeros cabalgando por aquellas vegas é prados al derredor del real, que vieron venir un caballero armado en su caballo, é un escudero con él, que le traia las armas; é si alguno me preguntase quién era, yo le diria que Enil, el buen caballero sobrino de don Gandáles; é como al real llegó, preguntó si estaba allí Arquisil, un pariente del emperador Patin, é fuéle dicho que sí, y que cabalgaba con él el Emperador; é cuando esto oyó fué muy alegre, é fué donde vió andar la gente, que bien pensó que allí estaría, é cuando á ellos llegó falló que el Emperador é

aquellos reyes estaban fablando en un prado cerca de una ribera, en las cosas que á la batalla pertenecian; é Enil supo que con ellos estaba Arquisil, y él se fué para ellos é saludólos muy homilmente, y ellos le dijeron que fuese bien venido, é qué demandaba. Enil cuando esto oyó dijo: «Señores, vengo de la insola Firme con mandado de aquel noble caballero Amadís de Gaula, mi señor, hijo del rey Perion, á un caballero que se llama Arquisil.» Cuando esto oyó Arquisil, que por él preguntaba, dijo: «Caballero, yo soy el que vos demandais; decid lo que quisiédes, que oido vos será.» Enil le dijo: «Arquisil, Amadís de Gaula os face saber cómo, llamándose el caballero de la Verde Espada, estando en la corte del rey Tafinor de Bohemia, llegó allí un caballero llamado don Garadan, con otros once caballeros, á la acompañar, de los cuales vos fuistes el uno; y que él hobo batalla con el dicho don Garadan, en la cual fué vencido é muerto, como vos vistes; é que luego otro dia la hobo con vos é con vuestros compañeros él é otros once caballeros, como se asentó; é que siendo vos y ellos vencidos, vos tomó en su prision, de la cual, á ruego vuestro, vos fizo libre, é que le prometistes, como leal caballero, que cada que por él fuésedes requerido vos tornaríades en su poder. E agora por mí vos llama que cumplais lo que hombre de tan alto lugar é tan buen caballero como vos sois debe cumplir.» Arquisil dijo: «Cierto, caballero, en todo lo que habeis dicho, habeis dicho verdad; que así pasó como decís. Solamente queda si aquel caballero que se llamaba de la Verde Espada si es Amadís de Gaula.» Algunos caballeros de los que allí estaban le dijeron que sin dubda lo podia creer. Entonces Arquisil dijo al Emperador: «Oido habeis, Señor, lo que este caballero me pide, de que me no puedo excusar, sino cumplir lo que soy obligado, porque podeis creer que él me dió la vida, é me quitó que me no matasen aquellos que gran voluntad lo tenian; é por esto, Señor, os suplico no os pese de mi ida; que si la dejase en tal caso, no era razon que hombre tan poderoso é de tan alto linaje como vos me toviese por su deudo ni en su compañía.»

El Emperador, como era muy acelerado, é las mas veces miraba mas al contentamiento de su pasión ó afición que á la honestidad de la grandeza de su estado, dijo: «Vos, caballero, que de parte de Amadís habeis venido, decidle que harto debe estar de me hacer los enojos que los pequeños suelen á los grandes hacer; que de otra manera bien apartado está, y que venido es el tiempo en que él sabrá quién yo soy é lo que puedo, y que me no escapará en ninguna parte, ni en esa cueva de ladrones en que se acoge, que no me pague lo que me ha fecho, con las setenas á la satisfacion de mi voluntad; é vos, Arquisil, cumplid lo que vos pide; que no tardará mucho que vos no meta en mano este de quien sois preso para que hagais dél lo que os placera.» Enil cuando aquello oyó fué sañudo, é pospuesto todo temor, dijo: «Bien creo, Señor, que Amadís os conoce, que ya otra vez os vió, mas como caballero andante que como gran señor, é asimismo vos á él; que no vos partistes de su presencia tan livianamente. Pues en lo de agora, así como vos venis de otra forma, así él viene á vos buscar; lo pasado júzguelo quien lo sabe, é Dios lo

porvenir; que á él, sin otro alguno, es dado.» Como el rey Lisuarte aquello vido, hobo recelo que por mandado del Emperador aquel caballero algun daño rescibiese, de lo cual él sintiera gran pesar, é así lo había habido de todo lo que le había oido decir, porque muy apartado era de su condicion, sino, como rey, ser honesto en la palabra, y en la obra muy riguroso; antes que el Emperador nada dijese tomóle por la mano é díjole: «Vayamos á nuestras tiendas, que es tiempo de cenar, y este caballero goce de la libertad que los mensajeros suelen é deben tener.» Así se fué el Emperador tan sañudo como si el enojo fuera con otro tan grande como él. Arquisil llevó á Enil á su tienda, é fizole mucha honra, é luego se armó, é cabalgando en su caballo, fué con él.

Pues aquí no cuenta la historia de cosa que le acaeciese, sino que llegaron á la insola Firme en paz é concordia; é como cerca del real fueron, é Arquisil vió tanta gente, que ya la del emperador de Constantinopla era llegada, fué mucho maravillado de la ver, y calló, que no dijo nada; antes mostró que lo no miraba. E Enil lo llevó á la tienda de Amadís, donde así dél como de otros muchos nobles caballeros fué muy bien recibido.

Pues allí estovo Arquisil cuatro dias que Amadís le traia consigo, é le mostraba toda la gente é los señalados caballeros, é deciale sus nombres, los cuales por sus hondades é grandes fechos de armas eran muy conocidos por todas las partes del mundo. Mucho se maravillaba de ver tal caballería, en especial de aquellos muy hermosos caballeros; que bien creia que si algun revés el Emperador habia de haber, no era sino por estos; que de la otra gente no temia mucho, ni se curaba dellos si tales caudillos no toviesen, que el esfuerzo destes era bastante de hacer esforzados todos los de su parte; é bien vió que el Emperador su señor habia menester grande aparejo para les dar batalla; y teniase por malaventurado ser en tal tiempo preso, que si muy léjos estoviese, oyendo decir de una cosa tan señalada é tan grande como aquella, vernia por ser en ella; pues en ella estando, é no lo poder ser, teniase por el mas desaventurado caballero del mundo, é cayó en tal pensamiento, que sin lo sentir ni querer, las lágrimas le caian por las faces, é con esta gran congoja acordó de tentar la virtud é nobleza de Amadís. Así fué, que estando el esforzado Amadís é otros muchos grandes señores y esforzados caballeros en la tienda del rey Perion, é Arquisil con ellos, que aun no le era dicho donde habia de tener prision, él se levantó donde estaba, é dijo al Rey: «Señor, la vuestra merced sea de me oír delante estos caballeros con Amadís de Gaula.» El Rey le dijo que de grado le oiria todo lo que él toviese por bien de decir. Entonces Arquisil contó allí todo lo que le aconteció en la batalla que don Garadan y él é los otros sus compañeros hobieron con Amadís é con los caballeros del rey de Bohemia, é cómo fueron vencidos é maltrechos, é muerto don Garadan, é cómo Amadís por su gran mesura le quitó á él de las manos de aquellos que gran sabor é intencion tenian de lo matar, é cómo á ruego y petición suya le soltó y dejó ir porque podiese dar algun reparo á sus compañeros, que muy llagados estaban, dejándole en

prenda su fe y palabra, como su preso, de le acudir cada que por él fuese requerido, como mas largo lo cuenta la parte tercera desta historia, y que agora fuera por Amadís llamado, y era venido, como todos veían, para cumplir su palabra, y estar en aquella parte donde por él le fuese mandado y señalado; pero que si Amadís, usando con él de aquella liberalidad que su gran medida es virtud con todos los que su gracia es ayuda habían menester acostumbrado tenía, en le dar licencia para que él en aquella batalla que se esperaba dar, tan señalada en el mundo, pudiese al Emperador su señor servir como debía, que le prometía como leal es buen caballero delante dél es de todos los que allí presentes seían, si vivo quedase de venir donde le fuese mandado á cumplir su prision. Amadís, que á la sazón en pie con él estaba por le honrar, le respondió: «Arquisil, mi buen señor, si yo hobiese de mirar á las soberbias y demasiadas palabras del Emperador, vuestro señor, con mucho rigor y gran cruera trataría todas sus cosas, sin temer que por ello en ninguna desmesura cayese; mas, como vos sin cargo seais, y el tiempo nos haya traído á tal estado, que la virtud de cada uno de nos será manifiesta, tengo por bien de venir en lo que pedido habeis, es dovos licencia que podais ser en esta batalla, de la cual sin peligro saliendo, seais en esta insola dentro de diez dias á cumplir lo que por mí es los de mi parte vos fuere mandado.» Arquisil gelo agradeció mucho, es así lo prometió.

Algunos podrán decir que por cuál razon se face tanta mención de un caballero tal como este, tan poco nombrado en esta tan gran historia. Digo que la causa dello es así, porque en lo pasado este con mucho esfuerzo trató todas las afrentas que por él pasaron, como adelante oiréis, que por su gran linaje es noble condicion llegó á ser emperador de Roma; es siempre tovo á Amadís, que fué la principal causa de alcanzar tan gran señorío, en lugar de verdadero hermano, como cuando sea tiempo es sazón mas largo se recontará. Pues de allí salidos aquellos señores, recogidos en sus tiendas es albergues, Arquisil se armó, es cabalgando en su caballo, se despidió de Amadís es de todos los que con él estaban, es se tornó por el camino que viniera; es no cuenta la historia de cosa que le acaeciese, sino que llegó á la hueste del Emperador, donde dió á todos mucho placer con su venida; es aunque muchas cosas le preguntaron, no quiso decir sino solamente la gran cortesía que de aquel muy noble caballero Amadís habia recibido; que bien podeis creer que sus cortesías eran tales es tantas, que á duro en ningun caballero en aquel tiempo se podrian hallar.

Y quiero que sepáis que la causa por qué estos caballeros caminaban tan largos caminos sin aventura fallar, como en los tiempos pasados, era porque no entendían todos en al, salvo en aderezar es aparejar las cosas necesarias para la batalla; que les semejava, segun la grandeza de aquella afrenta, que entrometerse en las otras demandas que á esta empachase, era caso de menos valer. Llegado Arquisil al real, fabló con el Emperador aparte, es dijole la verdad de todo, así de la gran gente de sus contrarios como de los caballeros señalados que allí estaban, de los cuales le contó por

nombre todos los mas dellos; es cómo Amadís de Gaula le habia dado licencia para ser en aquella batalla, y en ello mucho no le penaba; es que lo que habia sabido era, que él en sabiendo que movia de allí con la hueste, moveria luego para él sin ningun temor; es que de todo le avisaba porque ficiese lo que mas complia á su servicio.

El Emperador cuando esto oyó, aunque muy soberbio y desconcertado fuese, como oido habeis, es así lo era cierto en todas las cosas que hacia, conociendo la bondad de este caballero, por la cual él le tenia mucho amor, y que le no diria sino la verdad, cuando esto oyó fué desmayado, así como lo suelen ser todos aquellos que su esfuerzo despenden mas en palabras que en obras; es no quisiera ser puesto en aquella demanda, que bien conoció la gran diferencia de la una gente á la otra, es nunca él pensó, segun el gran poder suyo, junto con el del rey Lisuarte, que Amadís toviera facultad ni aparejo para salir de la insola Firme, y que allí lo cercarian, así por la tierra como por la mar, de manera que ó por hambre ó por otro partido alguno podiera cobrar á la insola, es la falta y mengua que sobre su honra tenia; es de allí adelante, mostrando mas esperanza y esfuerzo que en lo secreto tenia, procuró de se conformar con la voluntad del rey Lisuarte es de aquellos hombres buenos. Así estovieron en aquel real quince dias, tomando alarde es recibiendo los caballeros que de cada dia les venian; así que, fallaron que eran por todos estos que se siguen: el Emperador trajo diez mil de caballo, el rey Lisuarte seis mil es quinientos, Gasquilian, rey de Suesa, ochocientos; el rey Cildadan docientos. Pues todo aderezado, mandó el Emperador á los reyes que el real moviesen, es la gente fuese detenida en aquella gran vega por donde habian de caminar; es así se hizo, que puestos todos en sus batallas, el Emperador fizo de su gente tres facces. La primera dió á Floyan, hermano del príncipe Salustanquidio, con dos mil es quinientos caballeros; la segunda dió á Arquisil con otros tantos, y él quedó con los cinco mil para les facer espaldas; es rogó al rey Lisuarte que toviese por bien que él llevase la delantera, es así se fizo; aunque él mas quisiera llevarla á su cargo, porque no tenia en mucho aquella gente, es habia miedo que del desconcierto dellos les podría venir algun gran revés; pero otorgólo por le dar aquella honra, lo cual en semejantes casos es mal mirado; que, apartada toda afición, se debe seguir lo que la razon guía. El rey Lisuarte fizo de sus gentes dos haces; en la una puso con el rey Arban de Norgales tres mil caballeros, es que fuesen con él Norandel, su fijo, es don Guilan el cuidador, es don Cendil de Ganota, es Brandoibas; es dió de su gente mill caballeros al rey Cildadan, es á Gasquilian, con tres mill que ellos tenían, que fuese otra haz; es los otros tomó consigo, es dió el su estandarte al bueno de don Grumedan, que con mucho pesar es angustia de su corazon miraba aquel trueque tan malo que el rey Lisuarte habia fecho en dejar la gente que contraria tenia por la que llevaba. Pues fecho esto, es concertadas las haces, movieron por el campo tras el fardaje, que iba á asentar real con los aposentadores. ¿Quién os podría decir los caballos y armas tan ricas es tan lucidas es de tantas maneras como allí

iban? Por cierto muy gran trabajo seria en lo contar; solamente se dirán de las que el Emperador es los reyes es otros algunos señalados caballeros llevaban; pero esto será cuando el dia de la batalla se armaren para entrar en ella. Mas agora no fablarémos dellos fasta su tiempo; es contarse ha lo que fizo el rey Perion es aquellos señores que con él estaban en el real cabe la insola Firme.

CAPITULO XXVI.

Cómo el rey Perion movió la gente del real contra sus enemigos, es cómo repartió las haces para la batalla.

Dice la historia que este rey Perion, como fuese un caballero muy cuerdo y de gran esfuerzo, es hasta allí siempre la fortuna le habia ensalzado en lo guardar y defender su honra, es se viese en una tan señalada afrenta en que su persona es fijos es todo lo mas de su linaje se habian de poner, es conociese al rey Lisuarte por tan esforzado es vengador de sus injurias, que al Emperador ni á su gente no lo preciaba tanto como nada en saber su condicion, que siempre estaba pensando en lo que menester era, porque bien tenia por dicho que si la fortuna contraria les fuese, que aquel rey, como can rabioso, no daría á su voluntad contentamiento con el vencimiento primero; antes con mucha diligencia es rigor, no teniendo en nada ningun trabajo, los buscaria donde quiera que fuesen, como él tenia pensado, siendo vencedor, de lo hacer; es á vueltas de las otras cosas que eran necesarias de proveer, tenia siempre personas en tales partes de quien supiese lo que sus enemigos hacian, de los cuales luego fué avisado cómo la gente venia ya contra ellos, y en qué ordenanza. Pues sabido esto luego, otro dia de mañana se levantó es mandó llamar todos los capitanes es caballeros de gran linaje, es dijogelo, es como su parecer era que el real se levantase, es la gente junta en aquellos prados, se ficiese repartimiento de las haces, porque todos sopiesen á qué capitán es seña habian de acudir; es que fecho esto, moviesen contra sus enemigos con gran esfuerzo es mucha esperanza de los vencer con la justa demanda que llevaban. Todos lo tovieron por bien, es con mucha afición le rogaron que así por su dignidad real es gran esfuerzo es discrecion tomase á su cargo de los regir es gobernar en aquella jornada, es que todos le serian obedientes. El lo otorgó; que bien conoció que pedian lo justo es no se podia con razon excusar dello.

Pues mandándolo poner en obra, el real fué levantado es la gente toda armada es á caballo puesta en aquella gran vega. El buen Rey se puso en medio de todos, en un caballo muy fermoso es muy grande, es armao de muy ricas armas, es tres escuderos, que las armas llevaban, es diez pajes en diez caballos, todos de una devisa, que por la batalla andoviesen es socorriesen á los caballeros con ellos que los menester hobiesen; es como él era ya de tanta edad, que lo mas de la cabeza es barba toviese blanco, y el rostro encendido con el calor de las armas y de la orgulleza del corazon; es como todos sabian su gran esfuerzo, parecia tan bien, es tanto esfuerzo dió á la gente que lo estaba mirando, que les habia perder todo pavor; que bien cuidaban que, despues

de Dios, aquel caudillo seria causa de les dar la gloria de la batalla. E así estando, miró á don Cuadrágante es dijole: «Esforzado caballero, á vos encomiendo la delantera; es tú, mi fijo Amadís, es Angriote de Estravaus, es don Gavarte de Val Temeroso, y Enil, es Balais de Carsante, y Landin, que le fagais compañía con los quinientos caballeros de Irlanda es mil y quinientos de los que yo traje. E vos, mi buen sobrino Agrájes, tomad la segunda haz, es vayan con vos don Bruneo de Bonamar es Branfil, su hermano; con la gente suya es con la vuestra, en que seréis mil es seiscientos caballeros. E vos, honrado caballero Grasandor, que tomeis la haz tercera. E tú, mi fijo don Florestan, es Dragonis y Landin de Fajarque, es Elian el Lozano, con la parte de vuestro padre el Rey, es con Trion es la parte de la reina Briolanja, que seréis dos mill es setecientos caballeros, le faced compañía.» E dijo á don Brian de Monjaste: «E vos honrado caballero, mi sobrino, habed la cuarta haz con vuestra gente es con tres mil caballeros de los del emperador de Constantinopla; así que, llevaréis cinco mill caballeros; es vayan con vos Mancias de la Puente de Plata, es Sadamon, es Urlandin, fijo del conde de Urlandia 2.» E mandó á don Gandáles que tomase mill caballeros de los suyos es socorriesen á las mayores priesas. E el Rey tomó consigo á Gastiles con la gente que del Emperador le quedaba, es púsose debajo de su seña, es rogó á todos que así mirasen por ella, como si el mismo Emperador allí en persona estoviese. Concertadas las haces como habeis oido, movieron todos en sus ordenanzas por aquel campo, tocando muchas trompetas es otros muchos instrumentos de guerra. Oriana es las reinas, es las infantas es dueñas es doncellas estábanlos mirando, es rogaban á Dios de corazon les ayudase, es si su voluntad fuese, los pusiese en paz.

Mas agora deja la historia de hablar dellos, que se iban á juntar contra sus enemigos, como oídes, y torna á Arcalaus el encantador.

CAPITULO XXVII.

Cómo, sabido por Arcalaus el encantador cómo estas gentes se aderezaban para pelear, envió á mas andar á llamar al rey Arábigo es sus compañías.

Arcalaus el encantador, así como oido habeis, tenia apercebido al rey Arábigo, es á Barsinan, señor de Saneña, es al rey de la Profunda Insula, que habia escapado de la batalla de los Siete Reyes, es á todos los parientes de Dardan el soberbio; y como supo que las gentes eran venidas al rey Lisuarte es Amadís, envió con mucha priesa á un caballero su pariente, que se llamaba Garin, fijo de Grumen, el que Amadís mató cuando á él es á otros tres caballeros con Arcalaus el encantador les tomó á Oriana, así como el libro primero desta historia lo cuenta, es mandóle que no holgase dia ni noche hasta lo hacer saber á todos estos reyes es caballeros, es les diese mucha priesa en su venida; y él quedó en sus castillos, llamando á sus amigos y los del linaje de Dardan, es llegando la mas gente que po-

¹ Parece ser el mismo Hamado en otras partes Madanil y Mandancil. Véanse las páginas 172 y 205.

² En otro lugar Orlandin, hijo del conde de Irlanda. Véanse las páginas 176, 268 y 271.